

➤ *Domingo 32 del Tiempo Ordinario del 2014, 9 de noviembre. Este año, sustituye al domingo la fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán (Roma). Esta Basílica es uno de los primeros templos cristianos que fueron erigidos después de la época de las persecuciones. Fue consagrada por el papa San Silvestre el 9 de noviembre del año 314. Los templos, edificios visibles, son símbolo del edificio de la Iglesia, templo edificado por la acción constante del Señor (cfr. Prefacio de la misa de la dedicación de una Iglesia fuera de la Iglesia dedicada); los cristianos somos las “piedras vivas” de ese edificio. Como dice san Pablo en la segunda Lectura de hoy (1 Corintios 3, 9c-11. 16-17), los cristianos somos “edificio de Dios” y cada uno debe mirar “cómo construye” su vida poniendo el único cimiento posible “que es Jesucristo”; cada uno somos “templo de Dios” y “el Espíritu de Dios habita en nosotros”.*

Ezequiel 47, 1-2.8-9.12: En aquellos días, el ángel 1 me llevó a la entrada del templo, y he aquí que debajo del umbral de la Casa salía agua, en dirección a oriente, porque la fachada de la Casa miraba hacia oriente. El agua bajaba de debajo del lado derecho de la Casa, al sur del altar. 2 Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y he aquí que el agua fluía del lado derecho. 8 Me dijo: "Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. 9 Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente. 12 A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina."

1 Corintios 3, 9c-11.16-17: 9 Hermanos: vosotros sois edificación de Dios. 10 Según la gracia de Dios que me ha sido dada, puse los cimientos como sabio arquitecto; otro edifica sobre ellos. Cada uno mire cómo edifica, 11 pues nadie puede poner otro cimiento distinto del que está puesto, que es Jesucristo. 16 ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? 17 Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo.

Juan 2, 13-22: 13 Estaba próxima la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. 14 Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; 15 y haciendo un látigo de cuerdas arrojó a todos del Templo, con las ovejas y los bueyes; tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas. 16 Y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre un mercado. 17 Recordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. 18 Entonces los judíos replicaron: ¿Qué señal nos das para hacer esto? 19 Jesús respondió: Destruid este Templo y en tres días lo levantaré. 20 Los judíos contestaron: ¿En cuarenta y seis años ha sido construido este Templo, y tú lo vas a levantar en tres días? 21 Pero él hablaba del Templo de su cuerpo. 22 Cuando resucitó de entre los muertos, recordaron sus discípulos que él había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había pronunciado Jesús.

1. Los templos, edificios visibles, son símbolo del edificio de la Iglesia, templo edificado por la acción constante del Señor, con piedras vivas que somos los hijos de Dios.

❖ Las piedras vivas

• Según san Pedro, los cristianos, somos llamados a levantar un templo más noble que cualquier edificio artístico de culto: «también vosotros, como piedras vivas, sois edificados como edificio espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de ofrecer sacrificios espirituales» (1 Pedro 2,5).

Las «piedras vivas» son nuestras vidas – vividas según Cristo bajo el impulso del Espíritu Santo: con la fidelidad al Señor, con nuestro estilo de vida propio de los hijos de Dios, con nuestro espíritu de servicio, con nuestra caridad, etc. -; todo esto es lo que en la fe católica se llama el «culto espiritual» a Dios, que viene expresado sintéticamente por la exhortación de S. Pablo a los Romanos: **«Os exhorto, por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual»** (Romanos 12,1).

“El cuerpo es la vida cotidiana y el principio de las relaciones sociales: paradójicamente, nuestro culto «espiritual» se eleva hacia Dios desde el «cuerpo»” (cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture* Anno A, Piemme 1995, p. 119).

o Catecismo de la Iglesia Católica

• n. 1179: El culto «en espíritu y en verdad» (Juan 4, 24) de la Nueva Alianza no está ligado a un lugar exclusivo. Toda la tierra es santa y ha sido confiada a los hijos de los hombres. Cuando **los fieles** se

reúnen en un mismo lugar, **lo fundamental es que ellos son las «piedras vivas», reunidas para «la edificación de un edificio espiritual» (1 Pedro 2, 4-5).** El Cuerpo de Cristo resucitado es el templo espiritual de donde brota la fuente de agua viva. Incorporados a Cristo por el Espíritu Santo, «somos el templo de Dios vivo» (2 Corintios 6, 16).

- n. 2031: **La vida moral es un culto espiritual.** Ofrecemos nuestros cuerpos «como una hostia viva, santa, agradable a Dios» (Romanos 12, 1) en el seno del Cuerpo de Cristo que formamos y en comunión con la ofrenda de su Eucaristía. En la liturgia y en la celebración de los sacramentos, plegaria y enseñanza se conjugan con la gracia de Cristo para iluminar y alimentar el obrar cristiano. **La vida moral, como el conjunto de la vida cristiana, tiene su fuente y su cumbre en el sacrificio eucarístico.**

- o **El profeta Miqueas**

- **¿Me presentaré con holocaustos, con terneros añejos? ¿Aceptará Dios miles de carneros, miríadas de ríos de aceite? Lo que Dios quiere de nosotros: respetar el derecho, amar la lealtad y proceder humildemente con Él.**

- Por tanto, los sacrificios que celebramos en este templo de piedras vivas, no son sacrificios de toros y corderos (como en el AT), sino **el sacrificio espiritual de la donación al Señor de nuestra vida.** Recordemos a este respecto las palabras del profeta Miqueas: “¿Con qué me presentaré ante Yahvé y me inclinaré ante el Dios de lo alto? ¿Me presentaré con holocaustos, con terneros añejos? ¿Aceptará Yahvé miles de carneros, miríadas de ríos de aceite? ¿Ofreceré mi primogénito por mi delito, el fruto de mis entrañas por mi propio pecado? – Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno, **lo que Yahvé quiere de ti: tan sólo respetar el derecho, amar la lealtad y proceder humildemente con tu Dios**” (6, 6-8).

❖ Somos templos de Dios en cuanto resplandecemos por la santidad de vida.

- o **Prefacio de la celebración eucarística fuera de la iglesia dedicada.**

“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque te has dignado habitar en toda casa consagrada a la oración, para hacer de nosotros, con la ayuda constante de tu gracia, templos del Espíritu Santo, resplandecientes por la santidad de vida. Con tu acción constante, señor, santificas a la Iglesia, esposa de Cristo, simbolizada en edificios visibles, para que así, como madre gozosa por la multitud de sus hijos, pueda ser presentada en la gloria de tu reino”.

❖ La santidad cristiana es, en primer término, fruto de la docilidad —querida y cultivada— al Espíritu del Dios tres veces Santo.

- **Papa Francisco, Homilía, 23 de febrero de 2014:** «Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2). Y Jesús, en el Evangelio, replica: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Estas palabras nos interpelan a todos nosotros, discípulos del Señor. (...) “Sin el Espíritu Santo, nuestro esfuerzo sería vano. La santidad cristiana no es en primer término un logro nuestro, sino fruto de la docilidad —querida y cultivada— al Espíritu del Dios tres veces Santo. (...)»

- o **Somos templo de Dios.**

- **En este templo, que somos nosotros, se celebra una liturgia existencial: la de la bondad, del perdón, del servicio; en una palabra, la liturgia del amor.**

Este templo nuestro resulta como profanado si descuidamos los deberes para con el prójimo.

El Espíritu Santo nos habla hoy por las palabras de san Pablo: «Sois templo de Dios...; santo es el templo de Dios, que sois vosotros» (cf. 1 Co 3,16-17). En este templo, que somos nosotros, se celebra una liturgia existencial: la de la bondad, del perdón, del servicio; en una palabra, la liturgia del amor. Este templo nuestro resulta como profanado si descuidamos los deberes para con el prójimo. Cuando en nuestro corazón hay cabida para el más pequeño de nuestros hermanos, es el mismo Dios quien encuentra puesto. Cuando a ese hermano se le deja fuera, el que no es bien recibido es Dios mismo. Un corazón vacío de amor es como una iglesia desconsagrada, sustraída al servicio divino y destinada a otra cosa.

2. El cimiento de ese edificio es Jesucristo

- Es una afirmación que encontramos en la segunda Lectura de hoy: “Cada uno mire cómo edifica,

pues nadie puede poner otro cimiento distinto del que está puesto, que es Jesucristo”.

- o **El Señor Jesús es la piedra que soporta el peso del mundo, que mantiene la cohesión de la Iglesia y que recoge en unidad final todas las conquistas de la humanidad. En Él tenemos la Palabra y la presencia de Dios, y de Él recibe la Iglesia su vida, su doctrina y su misión.**

- **Busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre**

• **Benedicto XVI, Homilía, 7 de noviembre de 2010**, Santa Misa de dedicación de la iglesia de la Sagrada Familia de Barcelona y consagración del altar: “Hemos dedicado este espacio sagrado a Dios, que se nos ha revelado y entregado en Cristo para ser definitivamente Dios con los hombres. La Palabra revelada, la humanidad de Cristo y su Iglesia son las tres expresiones máximas de su manifestación y entrega a los hombres. «Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo» (1Co 3,10-11), dice San Pablo en la segunda lectura. El Señor Jesús es la piedra que soporta el peso del mundo, que mantiene la cohesión de la Iglesia y que recoge en unidad final todas las conquistas de la humanidad. En Él tenemos la Palabra y la presencia de Dios, y de Él recibe la Iglesia su vida, su doctrina y su misión. La Iglesia no tiene consistencia por sí misma; está llamada a ser signo e instrumento de Cristo, en pura docilidad a su autoridad y en total servicio a su mandato. El único Cristo funda la única Iglesia; Él es la roca sobre la que se cimienta nuestra fe. Apoyados en esa fe, busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre”.

o **Catecismo de la Iglesia Católica**

• **n. 424:** Movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Sobre la roca de esta fe, confesada por S. Pedro, Cristo ha construido su Iglesia (cf. Mateo 16, 18; San León Magno, serm. 4, 3;51, 1;62, 2;83, 3.3).

• **n. 756 :**“También muchas veces a la Iglesia se la llama *construcción* de Dios (*1Co 3,9*). El Señor mismo se comparó a la piedra que desecharon los constructores, pero que se convirtió en la piedra angular (Mateo 21,42 par.; cf. Hechos 4,11 1 Pedro 2,7 Ps 118,22). Los apóstoles construyen la Iglesia sobre ese fundamento (cf. 1Corintios 3,11), que le da solidez y cohesión. (...)”

o **La Jerusalén antigua era signo de otra Jerusalén, que es “un gran edificio en las costumbres de los santos”.**

- **Una piedra soporta la otra: “en la santa Iglesia cada uno soporta al otro y es soportado por el otro”. “Si yo no me esfuerzo por aceptaros a vosotros tal como sois, y vosotros no os esforzáis por aceptarme tal como soy, no puede construirse el edificio de la caridad entre nosotros, que también estamos unidos por amor recíproco y paciente”.**

Y, para completar la imagen, no conviene olvidar que “hay un cimiento que soporta todo el peso del edificio, y es nuestro Redentor; él solo nos soporta a todos tal como somos. De él dice el Apóstol: “nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo” (1Co 3,11).

• **Juan Pablo II, Catequesis del 12 de octubre de 2005:** La Jerusalén antigua era signo de otra Jerusalén, también “fundada como ciudad bien compacta”. Esta ciudad, recuerda san Gregorio Magno en sus Homilías sobre Ezequiel, “ya tiene aquí un gran edificio en las costumbres de los santos. En un edificio una piedra soporta la otra, porque se pone una piedra sobre otra, y la que soporta a otra es a su vez soportada por otra. Del mismo modo, exactamente así, en la santa Iglesia cada uno soporta al otro y es soportado por el otro. Los más cercanos se sostienen mutuamente, para que por ellos se eleve el edificio de la caridad. Por eso san Pablo recomienda: “Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo” (Ga 6,2). Subrayando la fuerza de esta ley, dice: “La caridad es la ley en su plenitud” (Rm 13,10). En efecto, si yo no me esfuerzo por aceptaros a vosotros tal como sois, y vosotros no os esforzáis por aceptarme tal como soy, no puede construirse el edificio de la caridad entre nosotros, que también estamos unidos por amor recíproco y paciente”. Y, para completar la imagen, no conviene olvidar que “hay un cimiento que soporta todo el peso del edificio, y es nuestro Redentor; él solo nos soporta a todos tal como somos. De él dice el Apóstol: “nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo” (1Co 3,11). El cimiento soporta las piedras, y las piedras no lo soportan a él; es decir, nuestro Redentor soporta el peso de todas nuestras culpas,

pero en él no hubo ninguna culpa que sea necesario soportar" (2, 1, 5: Opere di Gregorio Magno, III/2, Roma 1993, pp. 27. 29).

Así, el gran Papa san Gregorio nos explica lo que significa el Salmo en concreto para la práctica de nuestra vida. Nos dice que debemos ser en la Iglesia de hoy una verdadera Jerusalén, es decir, un lugar de paz, "soportándonos los unos a los otros" tal como somos; "soportándonos mutuamente" con la gozosa certeza de que el Señor nos "soporta" a todos. Así crece la Iglesia como una verdadera Jerusalén, un lugar de paz. Pero también queremos orar por la ciudad de Jerusalén, para que sea cada vez más un lugar de encuentro entre las religiones y los pueblos; para que sea realmente un lugar de paz.

3. El encuentro con el Señor, para que sea el cimiento de nuestra vida.

❖ Algunos textos breves, que nos indican los lugares de encuentro con el Señor

o Del Discurso de Juan Pablo II a los jóvenes suizos, en el Palacio del Hielo de Berna, el 6 junio 2004

▪ En la palabra, en los sacramentos, en el prójimo

- Yo os digo a vosotros, queridos jóvenes: no tengáis miedo de encontraros con Jesús. Es más, **buscadle** en la lectura atenta y disponible de la Sagrada Escritura, en la oración personal y comunitaria; buscadle en la participación activa en la Eucaristía; buscadle al encontraros con un sacerdote en el sacramento de la Reconciliación; buscadlo en la Iglesia, que se os manifiesta en los grupos parroquiales, en los movimientos y en las asociaciones; buscadlo en el rostro del hermano que sufre, que tiene necesidad o que es extranjero.

o De la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II «Ecclesia in America», 22 de enero 1999.

▪ Para que la búsqueda de Cristo presente en su Iglesia no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos concretos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo.

- **n.12.** (...)Para que la búsqueda de Cristo presente en su Iglesia no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos concretos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo. La reflexión de los Padres sinodales a este respecto ha sido rica en sugerencias y observaciones.

Ellos han señalado, **en primer lugar**, « la Sagrada Escritura leída a la luz de la Tradición, de los Padres y del Magisterio, profundizada en la meditación y la oración ». Se ha recomendado fomentar el conocimiento de los Evangelios, en los que se proclama, con palabras fácilmente accesibles a todos, el modo como Jesús vivió entre los hombres. La lectura de estos textos sagrados, cuando se escucha con la misma atención con que las multitudes escuchaban a Jesús en la ladera del monte de las Bienaventuranzas o en la orilla del lago de Tiberíades mientras predicaba desde la barca, produce verdaderos frutos de conversión del corazón.

Un segundo lugar para el encuentro con Jesús es la sagrada Liturgia. (...) Cristo está presente en el celebrante que renueva en el altar el mismo y único sacrificio de la Cruz; está presente en los Sacramentos en los que actúa su fuerza eficaz. Cuando se proclama su palabra, es Él mismo quien nos habla. Está presente además en la comunidad, en virtud de su promesa: « Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos » (Mt 18, 20). Está presente « sobre todo bajo las especies eucarísticas ». Mi predecesor Pablo VI creyó necesario explicar la singularidad de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que « se llama "real" no por exclusión, como si las otras presencias no fueran "reales", sino por antonomasia, porque es substancial ». Bajo las especies de pan y vino, « Cristo todo entero está presente en su "realidad física" aún corporalmente ».

(...) Además, el texto del Evangelio sobre el juicio final (cf. Mt 25, 31-46), en el que se afirma que seremos juzgados sobre el amor a los necesitados, en quienes misteriosamente está presente el Señor Jesús, indica que no se debe descuidar **un tercer lugar de encuentro con Cristo: « Las personas, especialmente los pobres**, con los que Cristo se identifica ». Como recordaba el Papa Pablo VI, al clausurar el Concilio Vaticano II, « en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (cf. Mt 25, 40), el Hijo del hombre.